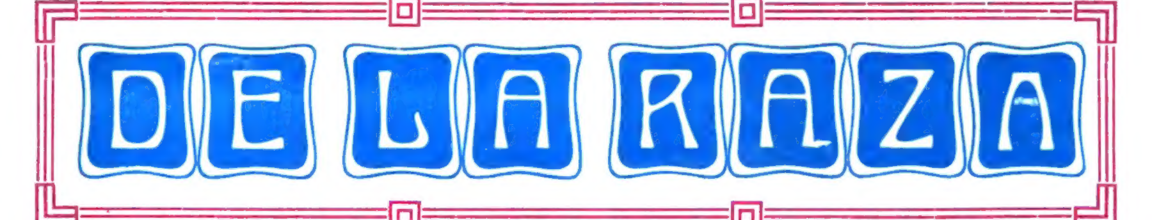
:: ISMAEL CORTINAS ::

WÁSHINGTON BELTRÁN



DE LA RAZA

(EPISODIO DE LA INDEPENDENCIA)

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO
DE CUENTOS HISTÓRICOS
CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DE LA BATALLA DE LAS PIEDRAS

MONTEVIDEO
Talleres gráficos El Arte; calle Reconquista, 195
O. M. BERTANI, EDITOR
1911

PRECIO: $ 0.15

ISMAEL CORTINAS ❊ WÁSHINGTON BELTRÁN

DE LA RAZA

(EPISODIO DE LA INDEPENDENCIA)

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DE CUENTOS HISTÓRICOS
CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DE LA BATALLA DE LAS PIEDRAS



MONTEVIDEO
O. M. BERTANI, Editor
1911

«EL ARTE» de O. M. BERTANI, RECONQUISTA, 195

Veredicto del Jurado

En Montevideo, el 28 de Mayo de 1911, reunidos los miembros del Jurado que debe fallar sobre el mérito de los trabajos literarios presentados al concurso organizado por el Comité de la Juventud en homenaje al Centenarío de la batalla de Las Piedras, se resolvió:

. . . .

2.º Acordar el 1.er Premio entre los cuentos de caracter histórico presentados al certámen, al que lleva por título: DE LA RAZA y lema «1811».

. . . .

Abierto el sobre correspondiente al lema referido, resultaron autores del cuento histórico premiado, los señores Wáshington Beltrán é Ismael Cortinas. — Y para constancia, se firma la presente acta.

José Enrique Rodó.
Eduardo Ferreyra.
Carlos M. Prando.

LEMA: «1811»

De la raza

(EPISODIO DE LA INDEPENDENCIA)

I

La casa de Don Valentín Peña, situada en las cercanías del Portón Mayor y frente al baluarte del Sur, tenía el aspecto de una vivienda campesina, sin más lujo que el techo de teja, los gruesos y salientes barrotes de las ventanas y un farol con candileja para aceite, adherido al muro.

El largo zaguán conducía hasta un amplio patio, donde se divisaba un gran pozo con brocal de piedra, rodeado de saucos, laurel rosa y madreselvas. Después, una empalizada á modo de guarda patio y luego un rústico galpón que servía de albergue al «Ñato» y al «Cigüeña», dos rocines criollos, traídos por sus dueños de la estancia del Canelón Grande y que constituían el orgullo de la familia. Sobre el cerco, grandes mantas de carne cubiertas de sal, recibían las caricias del sol, en aquella tarde de Marzo de 1811. en que la mayor parte de los escasos habitantes de Montevideo se entregaban al placer de la siesta. Hasta la vieja esclava Cantalicia, dormitaba en la cocina, cerca del fogón, donde ardía un grueso *trashoguero* de espinillo casi cubierto por las cenizas.

Sólo interrumpía la calma apacible, un sordo

murmullo que surgía de las habitaciones que daban hacia la calle. Allí, en una modesta salita — con escasos muebles y sin más adornos que dos grandes vasos con flores de Santa Rita y una rinconera conteniendo grandes cáscaras de huevos de *ñandú* con dibujos dorados — se había constituído el consejo de familia. Don Valentín, sentado en un sillón de baqueta, presidía el cónclave con su aspecto patriarcal, en el que se confundían los rasgos del paisano bonachón criado en las recias lides del campo, con los del hombre ya avecindado en el *pueblo*, donde se refugiaba para pasar una vida tranquila y disfrutar de las onzas y patacones amontonados con tesonero afán. Aun no tenía sesenta años y se conservaba ágil y robusto, á pesar de la apariencia senil que le daban la barba y los cabellos blancos. Su mujer — doña Prudencia, — gruesa matroná ya entrada en años, — sentada al lado de don Valentín, sollozaba compungida, secándose las lágrimas con un gran pañuelo de algodón de colores vivos y llamativos.

— Pobre m'ijita, — repetía como único estribillo, frente al silencio reconcentrado de su marido.

Otro personaje integraba aquella trilogía criolla: el compadre Pachiquín. Oriundo de la respetable rama de los Pachecos, había venido á menos y aceptaba sin enojos la nueva designación patronímica, satisfecho en sus funciones de trenzador de lonjas y sempiterno mentor de hazañas y refranes. Viejo amigo de la casa — en la cual residía desde mucho tiempo, — intervenía siempre en los asuntos de familia. Por eso, interrumpiendo aquel silencio, dijo:

Güeno, el caso no es *pa* tanto. El que la hace la paga *y ande* ha de *dir* mandinga sin toparse con la cruz. Ya encontrará el capitán quien le baje la...

—Corsario ..! replicó el viejo en sordo rujido.

Otra vez nuestros personajes quedaron callados largo rato, hasta que un ruido de rodajas en el patio, llamóles la atención.

— *Dejuro* que es Braulio, dijo Pachiquin.

Efectivamente, abrióse la puerta y el hijo de Don Valentín se acercó á este sombrero en mano, murmurando: «la bendición tatita»; abrazó á su madre y saludó al amigo de la casa, quedando un instante silencioso endisimulada reserva.

Era un mocetón de diez y ocho años, alto y fornido, de rostro simpático y aspecto bonachón.

—¿Venís de la estancia?

—Sí; salí al amanecer.

—¿Que hay po'allá?

—...¡Hum...! Las cosas no andan muy bien.

Despues de muchos interrogatorios, el muchacho acabó por hacer una larga relación, refiriendo que en la estancia había matreros, que la peonada *juía* de las casas, que había visto partidas con chuzas, que se hablaba mucho de la llegada de Otorguez y que el venía á avisarles que iba á ganar el monte...

—Vos también?

—¡Pobres hijos míos!...

Estas fueron las exclamaciones de sus padres, quienes quedaron nuevamente acongojados y pesarosos, provocando un gesto de sorpresa de Braulio, quien no comprendía los motivos de aquella desolación. De pronto, preguntó:

—¿Y Felicia?

—Tu hermana es una...

—Calláte Valentín. ¿Que culpa tiene la pobrecita?

El muchacho cada vez mas asombrado, interrogaba ansioso con la vista, hasta que dijo resueltamente:

—Pero diga Tata, ¿que es lo que hay?

—Cuéntele compadre.

—Que quiere amigo, las cosas de la vida, murmuró Pachiquín. Se vén caras pero no corazones, y hay algunos que lo tienen más duro que cinquiño e' pulpería. ¡Quien había de decír! ¿Te acordás del famoso capitán español con más cruces que camposanto y más galones que el rey? Aquel mentao Don Luis de Aguilar?...

—¿El novio de Felicia?

El *mesmo*. Había resultao con el alma mas negra que cueva e' nacurutú. Fijate que tu pobrecita hermana, le creyó al muy ladino, le aflojó la rienda y... y no te dijo más.

—¿Qué?

—Nada. Lo del cuervo: comer y volar.

—Pero diga, pues...

—Date cuenta del final. Tenés un sobrino... *guacho*, el pobrecito, pero lindo que dá gusto.

—¿Es cierto tata?

—Es cierto, m'hijo, respondió el viejo incorporándose. Pero yo le garanto que ese extranjero se casa con su hermana, ó no me llamo Valentín Peña... *Tese* quieto: que *v'aser?* Dele ese cuchillo á su mama y no salga de las casas hasta que yo vuelva. El muchacho obedeció sin replicar. Don Valentín se abrochó su flamante blusa de merino, calzose unas zapatillas de cuero

que usaba para ir á misa, y calándose el ancho sombrero, dirigiose hácia la puerta, exclamando:

—Vamos, compadre.

—Si señor, cuando guste... Y los dos hombres salieron por el largo zaguán, rumbo á la calle, mientras la gruesa matrona y el rudo mocetón quedaban silenciosos, con gran pesadumbre en el alma y crueles congojas en el corazón.

Pocos viandantes transitaban por la callejuela y solo se escuchaba uno que otro grito hacia el lado de las fortificaciones donde algunos centinelas presenciaban el trabajo de los penados que construían un profundo fozo. Los dos viejos se dirigieron primero hacia la Ciudadela que á pocos pasos destacaba su pesada mole, como una gran estrella caída desde lo alto sobre la cuchilla Grande para grabar en tierra Americana el blasón castellano de Fernando VII. Cruzaron primero frente al baluarte de San Felipe y la plaza de armas, siguiendo luego por la calle San Carlos, después de haber atravesado bajo la puerta de San Pedro. Pasaron frente al Cabildo y la Catedral, tomando hasta la Casa de Gobierno situada en los límites de la ciudad y muy cerca de la bahía. Don Valentín tenía el firme propósito de hablar al Gobernador Elío, interponiendo queja contra el capitán de su guardia, por haber mancillado el honor de la familia Peña, negándose luego á reparar la falta por medio del matrimonio.

—¿Y si no nos reciben?

—Pierda cuidado, respondió Pachiquín, soy amigazo del mayor Lezama y él nos va á endilgar derecho. Hubo llamadas, apartes y secre-

teos, hasta que un apuesto oficial se adelantó hasta el viejo con quien cambió algunas palabras. Poco después, los *compadres*, trasponían gruesa verja y eran introducidos en ancho patio circular, donde un piquete de infantería con las armas en descanso esperaba el turno para relevar la guardía. Allí estuvieron largo rato sin cambiar una sola frase. aguardando una palabra ó un gesto que les indicara el momento de la audiencia. La voz y el ademán de Lezama interrumpieron la espectativa.

Siguiéronlo por estrecho y largo corredor y después de subir varias escaleras y cruzar distintas habitaciones, fueron introducidos en una amplia sala. El mueblaje era macizo y severo y las colgaduras y tapices de espesa sedería. Al frente lucía un escudo de armas, con dos pendones reales á sus lados. Bajo el trofeo y sentado frente á un escritorio. un hombre escribía apresuradamente.

Era Elío. De rostro severo y gesto zañudo, imponía terror con su presencia. Los anchos hombros y el recio cuello, evidenciaban su constitución de atleta. Después de un instante levantó la vista y fijando la mirada con insistencia en la silueta de los criollos murmuró sordamente:

—¿Que hacen Vds? Pronto, respondan.

—Venimos....

—¿Quien es Vd?

—El compadre de... Don Valentín.

—Valentín Peña, nó?

—Mesmo.

—Está bueno... También de los de Artigas, verdad?... ¡Bandoleros! Ya se que andan alza-

dos por sus pagos. Pero cuidado eh?... mucho cuidado.

—Yo!...

—Bueno, ¿que quiere?

Don Valentín hosco y reconcentrado no atinaba á articular palabra. El compadre más resuelto, dijo de un tirón:

—Él viene por la hija... pobrecita...

Sucedió que el capitán Aguilar la conoció, y después de hacerse querer, ahora... ahora... no va más.

—¿Y eso?

—...no es por ella, es que...

—Vamos, pronto.

—...sucede que ha habido fruto... y la pobre madrecita llora... llora... llora...

—¿Y qué es lo que quiere?

Don Valentín que hasta entonces había permanecido callado expresó resueltamente:

Que se case, como hacen los hombres...

—Basta, gritó Elío. No tengo tiempo para ocuparme de esas cosas. Aguilar está en campaña, persiguiendo esos foragidos de Otorgués. Búsquenlo si quieren.

—Es que...

—Que lo busquen, he dicho.

Don Valentín, sollozando y en actitud suplicante murmuró:

—Por Dios señor... No es por mi, es por mi hija.

—Basta, basta. Los hombres no lloran. Fuera de aquí...

Los dos viejos titubearon un instante. Después dieron vuelta en silencio y salieron de la habitación dirigiéndose al patio. Como dos sombras

fugitivas abandonaron el amplio caserón, encaminándose por el mismo camino antes recorrido. Marchaban con rapidez, sin mirarse uno al otro. Don Valentín estaba transfigurado; parecía más joven, más agil, más fuerte. Sus miradas tenían relampagueos febriles y las arrugas de su rostro mayor severidad. El paisano manso y bonachónse había convertido en el gaucho de indomable altivez.

—Apure, compadre, que es tarde y van á cerrar los portones.

—¿Y que importa?

—Ya verá, apure el paso.

Siguieron un rato en silencio hasta llegar frente á la casa. Antes de entrar al zaguán, don Valentín encarándose con su amigo, dijo en voz baja y temblorosa;

—Compadre, le encargo la familia. Tengo que dir pa fuera... ¿Comprende?

—Comprendo, sí, vaya tranquilo, murmuró el otro, mientras dos gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

· Acuérdese que los hombres no lloran.

—Está bien amigo.

Entraron á la casa. Madre é hijo estaban en la cocina y el mate pasaba de unas manos á otras. Don Valentín se dirijió hacia ellos y expresó resueltamente:

—Braulio, ensille pronto que vamos pa la estancia. Y usted, patrona, prepare las maletas.

La orden no se discutió ni un momento, y mientras el muchacho se dirigía hacia el galpón la buena mujer entraba á sus habitaciones, dispuesta á arreglarlo todo sin preguntar por qué. Durante un rato reinó en la casa extraor

dinaria animación. Idas y venidas de unos y otros, denunciaban el apresuramiento en los aprestos. Don Valentín, con poncho, botas y cargando un trabuco al cinto, salió al patio en momentos en que Braulio exclamaba:

— Tata, cuando quiera.

La despedida fué breve. El viejo abrazó á su mujer, besó con ternura á su hija, y después de despedirse del compadre, murmuró, mientras saltaba á la grupa del caballo:

— Hasta la vista.

Varias voces respondieron:

— Adios.

— Hasta la vuelta.

Y los ginetes se alejaron rumbo al portón cercano.

Pasaron los médanos, y apresuraron de inmediato el paso de las cabalgaduras hasta perderse en las lejanías del horizonte, mientras los resplandores rojizos del sol que declinaba, envolvían en tintes sombríos á la ciudad circuida de murallas, donde los centinelas con el arma al brazo hacían guardia de honor á la vieja ciudadela, símbolo de la conquistadora arrogancia castellana.

II

El azul del cielo nativo hace cuatro días que no resplandece con su claror de ensueño, cubierto con nubes opacas, inmóviles y sombrías, empeñadas en lanzar sobre la tierra, fría llovizna. Las aguas del arroyo, ruedan con vehemencia, formando coro en su murmullo, el quejido de los bosques heridos por el viento, en tanto que la calvicie de los cerros parece más grisácea, sombría la hondonada, los caminos llenos de fango, cortados de trecho en trecho, por zanjas profundas, plenas de agua, que, al ser rizadas por la brisa, brillan como pupilas en acecho.

Ansia interrogante se advierte en el rancho y en la estancia; en el rancho, sombrío con su alero de paja brava, triste con su pared de terrón; sombrío y triste bajo el cielo sin sol, bajo las nubes grises de un cielo de tormenta. La criolla madre y sus hijas mujeres, atada la cabellera con pañuelo cuya punta cae al descuido sobre la espalda, los labios encendidos, tostada la piel, recios los pechos, los oídos atentos, asomadas en estrecha ventana, hunden á lo lejos mirada escrutadora. Ni un hombre se advierte en los hogares. Nota altiva vibra en los campos, como badajo que toca á somatén. El niño abandona sus juegos, abraza á la madre que oculta la cabeza para no descubrir sus lloros y parte; el anciano, cuyo corazón no ha logrado secar la racha helada de ochenta inviernos, acude so-

lícito á la cita del deber, y en pequeña partida, el abuelo y el nieto, el hijo y el hermano, se presentan á las huestes del Libertador.

Por toda la parte Sur del país, vibra una palabra, adivinada por instinto, proclamada ahora por el gran caudillo: patria! Suena en los labios paisanos con acentos de himno, sacude corazones con impulsos de tempestad, enardece las miradas con llamaradas de incendio, agita pechos, tranquilos ante el cañón, altivos, serenos, inmutables ante la muerte.

El 17 de Mayo del año aquel. la lluvia continúa cayendo pertinaz sobre los campos. A la tarde, en el campamento de Artigas, próximo al Sauce, se oye resonar confuso en la tierra, un estrépito que se hace cada vez más distinto. Son 304 hombres los llegados y la misma luz brilla en sus ojos, la misma fortaleza de ñandubay confiesan sus homóplatos. Los héroes necesitan por jefe á otro heroe: Manuel Francisco Artigas lo comanda! Todos los esfuerzos de Posadas para impedir la incorporación de esta fuerza al grueso del Ejército del Libertador, han fracasado. En vano su marcha al Canelón Chico: la intuición gaucha, rápida como el pensamiento, audaz como el torbellino, adivina misterios, esclarece secretos, desbarata planes.

La noche cae sobre el campamento patriota; ni siquiera brilla la luz de mortecino fogón; no hay risas, ni charlas en voz alta, ni vibra la guitarra, ni cuentos de almas en pena. Convertidos en ovillo, sobre el duro suelo por lecho, por almohada el brazo, la lanza ó la escopeta en el otro, el trabuco al cinto, así duermen los cruzados con sueños de esperanza. Un sonám-

bulo, quizá un fantasma, tal vez un poseído, recorre toda la noche el campamento, desgarrando con su mirar fascinador, la sombra impenetrable. Camina quedamente, como si alado fuera su paso; mas si un paisano avizor lo descubre, frase cariñosa le prodiga con ternura de padre. Y el poseído, de ojos azules, nariz aguileña, fuerte el mentón, augusto el rostro, alto y erguido, severo con su uniforme de Jefe de Blandengues, continúa la marcha como patriarca que vigila el sueño de su pueblo.

Llega, por fin, la aurora del día 18. El sol asoma en el horizonte y el cielo se viste de púrpura, advirtiéndose encendidas nubes superpuestas, como cimitarras de bronce enrojecidas. Los realistas de Posadas, en número de mil, ocupan soberbia posición en lo alto de la loma. Artigas distrlbuye sus fuerzas patriotas: la escasa artillería, dos piezas de á dos, en el centro, al mando de Juan Santiago Walcalde; allá, en el extremo, las caballerías de los capitanes Antonio Pérez y Juan de Leon: 296 paisanos, con pocas escopetas y lanzas improvisadas, de cuchillos rehatados al extremo de tacuaras; la terrible caballería de Manuel Francisco; en el otro extremo, los infantes del capitán Benito Alvárez, en número de 250, 96 blandengues desmontados, 56 patricios al mando del bravo Francisco Tejada; los presbíteros José Valentín Gómez, de Canelones, y Santiago Figueredo, de Florida, en el Estado Mayor; Tomás García de Zúñiga, al frente de las reservas encargadas de la guardia de las municiones.

Artigas monta soberbio alazán. Clava su mirada profunda hacia el lado de la loma, y mira

tenazmente un punto, con extraña fijeza. La suerte de la patria pesa sobre él, y el tremendo peso lo soporta erguido, bien firme en los estribos, el cuerpo derecho, la cabeza arrogante de patriarca echada hacia atrás. Una breve orden y la caballería del capitán Antonio Pérez, avanza hacia la loma, en busca del español. La estratagema surte el efecto esperado. Posadas, soñando con copar la escasa caballería patriota, abandona la loma, dejando así su brillante posición estratégica. Ha llegado el momento supremo en que se juega la suerte de la dominación española en el Río de la Plata. Todo el éjercito criollo, obedeciendo á la voz de Artigas, avanza en carga general. Los infantes se mueven como arietes de bronce. Acuchillan, muerden, hieren, matan, vivan á la patria nueva, aclaman al caudillo inmortal, avasallan á los realistas con empuje semejante al alud despeñado del picacho al abismo.

Allá, en el extremo izquierdo del ejército de Posadas, entona la epopeya su canción de gloria. Doce criollos, adelantados de sus compañeros, han llegado junto á la boca del cañón español. Se oyen gritos, imprecaciones, blasfemias, rujidos de furor, cuchillos que chispean al chocar con el sable, la voz del trabuco, el resonar del mosquete que trágico dialoga con la muerte. De pronto, un ginete apocalíptico en su corcel de guerra, se arroja sobre el grupo que combate. Su cuerpo y el caballo forman una sola entidad; descalzo, lleva enorme nazarena que se clava nerviosa sangrando los hijares del animal; el chiripá, de lienzo listado, mal prendido, deja ver músculos que se dis-

tienden como cuerdas de acero ; la camisa, abierta y remangada, descubre pecho de bronce' y nervudos brazos; una vincha que rodea la frente, atada en la parte posterior de la cabeza, contiene las guedejas de vigorosa cabellera que se desborda en juguetones rizos. El paisano revolea un lazo, que, después de describir trayectoria en el espacio, con el silbo del aire que se mueve, cae sobre el cañón y lo aprisiona con su trenzado cuero. El caballo, azuzado por el ginete, clava sus cascos en la tierra, respira con resoplido de titán, salta frenético aquí y allá, pisa cuerpos, destroza cráneos, y en esfuerzo de cícople, se mueve arrastrando el cañón. Ahí ya nadie viva al Rey; solo se oye, altivo, persistente, dominante como voz sin desmayo, un viva á Artigas, que repiten al unísono las bocas.

Al mismo tiempo, se escuchan los retumbos de la caballería de Manuel Francisco. En hábil semicírculo avanza al galope tomando por la retaguardia la fuerza de Posadas. Es el momento supremo de la batalla. Trescientos ginetes echados sobre el caballo, centelleantes los ojos, espléndidos en la transfiguración de la faz, magníficos de grandeza al mirar sin pestañar á la mnerte, sentados firmemente en los estribos, suelta la brida, esgrimiendo á manera de lanza, tacuaras con hojas de cuchillo, desbordan por la loma y amenazan rodear al español, que, ante el peligro intenso, en orden se retira hacia Las Piedras.

Frente á unas pitas de la suave hondonada, próximas á derruido montón de grises piedras, enmohecidas y vetustas, una partida patriota y

un grupo castellano, luchan con crudo afán. Se entreveran ardientes y ruje el naranjero que con sus recortados abre boquete recio; y chispea en torbellinos de luz, la daga que cimbra como culebra metálica; y sordo, se oye en el espacio, como silbo de muerte, la vibración de larga media luna; y labios que blasfeman, que vivan y que imprecan y cuerpos que se abrazan y bocas que furiosas muerden.

Al frente de los españoles, se presencia figura arrogante, de ojos negros como la noche, reluciente bigote, escueta barba que parece un girón de azabache colgado en el mentón, elegante y recio: recio, con su cuerpo de roble; elegante, bajo el propio desaliño de la brega, bajo el helado soplo de la muerte.

Comanda á los patriotas viejo teniente de blanca cabellera y luenga barba; en sus ojos, hay luz de ensueño y brilla en la pupila sugestiva la esperanza; la faz tiene, aun en medio del combate, junto al gesto de bravura, el rasgo sereno predilecto de lo augusto; el viejo se mantiene así, tranquilo, inmutable, dominante ante la muerte que cabalga en la grupa de su corcel de guerra. A su lado, mancebo de diez y ocho años, lindo y fuerte, tostado por el sol de la patria, cuyos ojos miran también con fuego de esperanza, revolea terribles boleadoras que certeras envuelven el cuerpo del capitán español. Luis de Aguilar se agita y se estremece. Los brazos están aprisionados como si serpiente de hierro paralizara todo movimiento; su propia cabeza vacila, la vista se nubla, hay el desfallecimiento de la vida que se acaba...

La piedra de la bola arrojada por Braulio ha

chocado terrible en la cabeza de Aguilar, quitándole el sentido momentáneamente. Los últimos realistas abandonan el campo en desbande y queda allí, casi en desmayo y pálido, aprisionado por las boleadoras, el bravo capitán castellano. Toda esta escena venidera, pasa velozmente, con el raudo desplazar de fugitivo meteoro. De las filas patriotas, sobre el capitán ya prisionero, avanza imponente como tromba, un negro alto, inmenso, retinto. En el fondo de las órbitas profundas, que se abren siniestras bajo la frente en fuga, brillan con luz de tragedia, los blancos ojos del hombre negro. Y su brazo, blande escueta y larga media luna, que amenaza clavarse en el vientre del indefenso y ya prisionero capitán.

—Alto! grita Don Valentín Peña, al frente de la partida patriota, con voz imperiosa, que retumba dominando la escena.

Nada detiene al hombre negro. Sigue su avance, siniestro y trágico, para ultimar al vencido.

—Alto! respetá la vida de ese prisionero¡ ruje el patriota...

El hombre negro sigue en su misión fatídica. Ya la lanza va á tocar el cuerpo de Aguilar, traspasar su pecho, arrancar la vida, consumarse el crimen, manchar la pura causa de la patria, cuando el eco potente de un estampido hiende el espacio. El negro vacila y se desploma como árbol fulminado por el rayo. Don Valentín ante los admirados ojos de sus soldados, guarda el trabuco humeante, cuyo certero disparo acaba de salvar la vida al prisionero capitán de Aguilar...

III

Es media noche. Rendido de cansancio por la fatiga de la batalla, el ejército vencedor duerme, en las proximidades del pueblo de Las Piedras, con sueño de victoria. Algo inenarrable flota sobre el campo de Artígas: visión, aurora, mañana de grandeza, patria á nacer. La columna realista de mil hombres fué deshecha; 152 españoles fuera de combate, muertos ó heridos en defensa del Rey; 5 cañones tomados y junto con ellos 482 hombres, con sus jefes y oficiales prísioneros; el poder de Elío socavado en sus cimientos; el nervio de la revolución de Mayo retemplado; la Junta de Buenos Aires vigorizada en el desaliento causado por la derrota de sus armas en el Paraguay.

Por entre los cuerpos de críollos dormidos, se desliza silencioso, con quedo paso, tan suave que parece el choque de la hoja que cae, augusto y sereno, dominador en su grandeza, el viejo de blanca cabellera y luenga barba, de ojos que tienen luz de ensueño y brillos de esperanza. Don Valentín llega á donde se halla prisionero el capitán de Aguilar. Nube sombría cubre el rostro del anciano, al pensar en el honor arrancado por la seducción á la inocente niña.

—Soy el padre de Felicia, le dice al español; quiero que allá abajo, en la costa del arroyo, donde nadie nos vea, arreglemos ahora nuestras

cuentas. Tome esta espada, que es la suya, y vamos... vamos pronto!

Aguilar, anonadado, obedeció sin réplica el imperioso mandato del anciano. Guardando el mismo cuidado en no ser sentidos, ora en cuclillas, ora arrastrándose, se deslizaron por el campamento, bajando la hondonada. En esos instantes flotaba sobre el campo la melancolía impresa por una luna que no brilla, oculta tras opaco cortinaje de nubes.

Adelante marchaba Don Valentin; á pocos pasos seguíalo el capitán.

Llegaron á la costa del arroyo. Sólo se oía resonar como canto de muerte, el rodar de los guijarros que la corriente arrastra; el soplo suave de la brisa que besa el ramaje, lo acaricia y lo mece con dulzura.

Allí se detuvo el viejo y con un gesto señaló al de Aguilar la llegada del momento grave.

—Su crimen sólo se paga con la muerte, refunfuñó el anciano.... Voy á clavarle la daga en el corazón, pero como lo hacen los criollos, de frente, en pelea leal con el enemigo.... Defiéndase, pues....

En el mismo momento, oyóse el requebrajar de ramas apartadas nerviosamente por un cuerpo que se abre paso á través de la arboleda, y pisadas resonantes al hundir su pié sobre la alfombra de hojarasca. Los adversarios se detuvieron. El rostro del anciano se inmutó. Braulio, que había tenido el mismo pensamiento de su padre, en vez de entregarse al sueño, vigilaba despierto, y advertido de la desaparición del capitán y de don Valentín, acudía también á la cita. Impresionante lucha se traba entre el padre

y el hijo por exponer la vida, en defensa del honor de la raza.

—Déjeme á mí, tata; usted está viejo...

—Que salgás, te digo.

Nada logra convencer al mancebo. Aquella terquedad parecía no tener fin. El viejo, entonces, con su voz más severa que nunca, dominando la emoción, grita al muchacho;

—Basta ya! Si no sabés obedecer como hijo, obedecé como soldado. Hágase á un lado y si yo muero tome mi lugar *pa* vengar el honor de los Peña...

Enseguida, cayó infernal sobre don Luis de Aguilar. El duelo comenzó con furor de tempestad. El anciano aquel, parecía dotado de agilidad de gato. Ora avanzaba; ora saltaba atrás; ya paraba los golpes de la espada adversaria con el poncho de apala envuelto en el antebrazo izquierdo; amagaba fintas; lanzaba relámpagos con su mirada inteligente, hasta caer en salto de pantera, por espacio descubierto en engañoso ataque, sobre el capitán que, sin lanzar leve quejido, cayó de espalda, rígido, ensangrentado, muerto.

El viejo, sañudo, arrancó la daga enrojecida y limpiándola en las propias ropas de Aguilar, sin dirigirle una última mirada, la envainó en el cinto. Padre é hijo, abrazados y mudos, emprendieron camino de retorno al campamento. En esos instantes la luna, oculta entre las nubes, rompió el cortinaje que empañaba su fulgor. El valle y la cuesta se vistieron de plata.

—Esto es de buen agüero, m'hijo, murmuró sentenciosamente el anciano, cuyo rostro parecía agitado por luz de juventud. Me dice el co-

razón, que el sol de esta tarde y la luna que ahora aparece, algo bueno anuncian. Creeme, Braulio: desde arriba nos avisan que la patria acaba de nacer.

Montevideo, Abril 30 de 1911.

